

# El James Bond del cuento

MARCO AURELIO CARBALLO

Hugo Leonel del Río nunca dejará de ser un maestro para mí y no es sólo porque me lleva un sexenio de edad, sino porque él tiene más razones para ser un narrador. De acuerdo con la apreciación de Hemingway según el cual para ser narrador se necesita una infancia infeliz, me di por vencido en nuestras peculiares competencias cuando Hugo Leonel reveló que él se había quedado huérfano a temprana edad. Su padre no lo había retado a golpes como el mío a mí, le dije, cuando él era peso completo y yo pluma. En ese punto, Hugo Leonel del Río no quiso darme la puntilla con lo sucedido a su mamá porque, en cuanto al padre, dijo desdeñoso: "Te gano..., yo ni siquiera lo conocí..."

Del Río acaba de publicar *Chivo*, su segundo libro de cuentos. Escribir por qué ha publicado sólo dos libros si me lleva un sexenio de edad, mientras su alumno le anda pegando a la veintena, reclamaría un tomo de trescientas páginas, tecleando una diaria como aconsejaba el maestro Hemingway. El proyecto necesitaría también una beca generosa para lo cual estamos negados, porque nunca atendimos la sugerencia de Stevenson, situar al oficio por encima del carácter. Es decir, perder tiempo en antecelas y hacerle la barba al jurado.

Enfrentaría también la disyuntiva de emprender aquella tarea agradable o narrar las vivencias que

hemos tenido juntos en el DF, Monterrey o Tuxtla Gutiérrez. Tan sólo la experiencia de un mes en la capital chiapaneca, adonde viajamos para editar el único semanario del mundo que fue mensual, requeriría un tomo. Se lo comenté la tarde que, misterioso, preguntó si los hombres en Tuxtla usaban shorts. Habíamos conocido personajes de... novela.

Se lo dije a tres kilómetros sobre el nivel del mar cuando regresábamos al DF, porque el empresario del periódico semanal referido nos quiso cambiar del hotel Bonampak a uno frente al mercado municipal. De haber llevado un diario durante un mes, a cuartilla diaria, le dije, estaría en condiciones de convertir esas treinta páginas en trescientas. Recuérdese, él ha publicado dos libros de cuentos y yo veinte de carballadas.

Nomás se carcajeó como suele carcajearse este viejo entrañable, con sus manotas de dedos de mampo puestas sobre la boca quién sabe por qué imitación inconsciente de las figuras maternas, de la abuela y de la madre, que lo dejó huérfano a temprana edad. Este viejo con su aire al mejor James Bond de la historia, a Sean Connery, suele ponerse en la boca los dedos largos y suaves, de pianista, dice el lugar común, mientras menea el vientre como debe haberlo meneado Balzac o Flaubert cuando se burlaba de los mamones. Tal y como Hugo y yo nos hemos defecado de risa en esa gentuza que prolifera en el oficio. Tras la experiencia tuxtleca tuvimos otras como para un tomo extra.

Tiempo después él regresó a su tierra porque el disparo en la tasa de crecimiento de la población nos arrojó, no al rincón de los cachivaches, sino al desempleo. Aunque nadie es poeta en su tierra, Hugo resultó la excepción de la regla. Así que entró a una nómina infalible y logró publicar su libro de cuentos cuando, afirman, dejaron de publicarse libros de poesía y enseguida de relatos porque las trasnacionales están empeñadas en agotar el renglón de la novela.

Al recibir su libro, suspendí la relectura de *Fiesta*, de nuestro mutuo maestro, Hemingway, para leer *Chivo* y

seis cuentos más. No quisiera escribir que después de Rulfo, Del Río porque le echaría encima a la jauría. Pero los perros no podrán con él porque sabe cómo tratar a esas bestias para que coman en su mano. Yo, que odio a los perros, estuve a punto de reconsiderar el asunto tras leer "Chivo", el nombre del perrazo que le mordisqueó el trasero a los asaltantes del hijo del narrador de ese cuento.

Le diré a Hugo Leonel del Río que sigamos compitiendo y cruzando apuestas porque estoy en condiciones de ganarle. Él pudo haber perdido a su mami cuando ella se suicidó y pudo no haber conocido a su padre y por lo tanto éste no lo golpeó ni lo retó a golpes, pero, veamos, ¿acaso lo mordió un perro policía, llevado a casa por su propio padre, como le ocurrió al de la tecla?

Podría ganarle en ese aspecto, en que ambos tenemos razones suficientes para escribir cuentos y novelas, pero no voy a ganarle en ternura. Tampoco en aplomo porque una mañana de domingo salió del Bonampak en "shorts" exhibiendo desenfadado sus piernas de luchador japonés. Los cuentos de Hugo Leonel destilan ternura. Su vida no ha sido del todo cruel como para hacerlo un hombre duro como la vida me hizo a mí y también al mafioso personaje de Norman Mailer.

Nos queda otra apuesta, quién ha bailado menos, porque los hombres duros no bailan.

Cuando le dije que me habían gustado los siete cuentos pero en especial dos que le salieron redondos, Hugo Leonel del Río dijo como lo hubiera dicho Sean Connery en aquella cinta donde la hace de escritor: "A mí me gustaron todos". Otra lección, pues, aunque Hemingway no lo haya dicho, podría atribuírselo al autor de "Fiesta": "Lo que escribes debe gustarte primero a ti..."

La víctima sumisa

Estoy sentado ante mi PowerBook G4. He sustituido el vodka tónico por un campari con soda y cuatro cubos de hielo. Debo escribir un pasaje de mi vida reporteril con Rita Macedo (†), Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez

(Colombia, 1928). El campari no tiene nada que ver en el asunto. Mera descripción. Pero desearía aclarar que acaso sea porque estoy entrando en mi etapa roja, después de mi etapa negra y verde oliva en la adolescencia y azul en la juventud y madurez. Ignoro por qué la tercera es roja. No pienso dejar el jaibol y quién sabe si la etapa dorada de los lingotazos de whisky atraviesa la juventud, la madurez y la vejez. Tampoco dejaré el vodka y lo alternaré con el campari cuando el calor apriete. De la puerta de la doble A giré en redondo porque acababa de leer una cita de Francis Scott Fitzgerald y por ahí va la cosa, creo, rojo como soy.

Contaré de nuevo aquella anécdota porque mis temas son recurrentes y deben serlo porque siempre quedo insatisfecho. Veremos... El tiempo ha reducido a tres los enfoques. Los tacos de carnitas, la foto de Salgado y cómo llegó Gabo a la casa de Fuentes o lo que Gabo declaró sobre el infierno. Sus amigos le dicen Gabo, y yo por abreviar.

Acompañamos al autor de Cien años de soledad y a sus hijos a un mercado porque él quería volver a comer tacos tras muchos años de ausencia del DF. Era una mañana del setenta y uno del siglo xx. El Chatocha nos llevó a un mercado y ahí tomó las fotos. Rodolfo Rojas Zea iba a escribir la nota de color, la crónica, y yo una breve entrevista. Cuando Rodolfo leyó mi texto en Últimas Noticias de "Excélsior", Primera Edición, me reclamó en buena onda el supuesto robo de los datos sobre los tacos engullidos por quien iba a ser premio Nobel en 1982, once años después. Rodolfo publicó su texto en el matutino, Excélsior, y yo enseguida con diferencia de horas. Pero si tú lo viste, le dije. Lo escuchaste cuando pedía de maciza y de cuerito y de cachete. Aproveché el dato al no leerlo en la crónica. "Es que yo, de esos tacos, no sé nada", dijo Rodolfo, lamentándose.

Días después Toño Andrade pidió que lo llevara a las suites de Gabo. Gabo había sido su jefe en Sucesos y quería un prólogo para sus cuentos. Gabo recordó a Toño pero se rehusó a escribir el prólogo porque no se

acostumbra en el libro de cuentos. Armando Salgado Salgado tomó las fotos y hay una en la cual estamos Gabo a la puerta, Toño Andrade de perfil, escalones abajo, y yo viendo a los dos. Lo curioso es que esa misma posición entre Gabo y Plinio Apuleyo Mendoza aparece en la portada de la primera edición de *El olor de la guayaba*. Falta una tercera persona, el metiche, yo.

En el VW de Rodolfo, los hijos de Gabo y yo atrás, y el Chatocha en su vocho, llegamos a la casa de Carlos Fuentes (1928) en San Ángel. Era el acuerdo. Primero los tacos y después a casa de Fuentes. Ahí se quedarían Gabo y sus hijos a comer y nosotros tendríamos que irnos mucho pa' la redacción a escribir.

De pronto Gabo se baja del VW y grita algo. ¡Carlangas! o ¡Charles Fountain! o ¡escritorzazo! El hecho es que en el balcón, a un metro veintisiete centímetros de la banqueta, recorriendo dos o tres cortinas de gasa, aparece Rita Macedo en camión sin mangas, recién cepillada la negra cabellera larga y su mechón blanco. Saluda a Gabo con una mano en alto y Gabo flexiona las piernas, se rasca la coronilla y se golpea el pecho al tiempo que emite gruñidos como de orangután, cachondo más que encabronado. Gabo corre, escarabajando, y emite gruñidos y se bate el pecho. De un salto se aferra a uno de los barrotes del ventanal y escala vigoroso el metro veintisiete y le planta un beso a la Macedo. Un King Kong caribeño y una estrella del cine mexicano.

Fuentes tenía un suéter de cuello redondo, de pie ante una mesa con los diarios dominicales. Iba haciéndolos a un lado conforme los hojeaba. Le estreché la mano de largos dedos suaves. Uno, torcido, con el que teclea. Me vio como atravesándome el cráneo. Ya había declarado: "O Echeverría o el fascismo".

Gabo dijo, vente para acá, hacia el jardín con césped bien cortado y columpios al centro. Una de mis preguntas fue por qué vivía en Barcelona, en la España de Franco. "Si a un escritor se le da a escoger entre el cielo y el infierno", dijo, "se decidirá por el infierno, hay ahí

mucho mayor material literario que en el cielo, acuérdate del infierno de Dante". Al terminar, como todo "fan" aprovechado, desenfundé *El coronel no tiene quién le escriba* encajado en la espalda como Clint Eastwood su "fory for", diría René Avilés Fabila. Gabo escribió: "Para MAC, de su víctima sumisa".

La tercera razón por la cual debí escribir esta remembranza fue porque el periodista y escritor Raúl Pérez López-Portillo me pidió datos de Carlos Fuentes y Rita Macedo. Raúl va a escribir la madre de todas las biografías. Amigo de mis amigos y azote de los malvados, corrí a mi PowerBook a "darle" a la tecla, armado de un campari bien rojo. Había girado en redondo ante la puerta de un grupo de la doble A porque recordé esta frase de Fitzgerald: "...el hecho de que se haya abusado del alcohol es algo por lo que debe pagarse, quizá con sufrimiento y muerte, pero no con renunciación".

Sodoma, Gomorra  
y... Tapachula

Estaba absorto tratando de poner en claro si aquello que veía al fondo de la sala era el tubo mencionado por Óscar Palacios como al desgaire, cuando oí esta frase: "Después de Sodoma y Gomorra, Tapachula". Tardé poco en asimilar la idea y más que la idea la imagen. Para mí era una descripción bíblica, paradisiaca no infernal. Cuando se lo he contado a mis paisanos, a los soconusquenses, reaccionan pensativos y diría que los moralistas enfadados. Les he dicho que difundan a los cuatro vientos lo que piensan los tuxtlecos de nosotros, no para iniciar una incursión punitiva, para que los turisteros, si los hubiera, aprovecharan esa impresión, esa idea, y los atrajeran y les hicieran derrochar su pisto en el Soconusco. También para que reflexionen en si hay que agregarle Tapachula a Sodoma y Gomorra y solicitar su inserción en la mejor novela de todos los tiempos, dicen unos, o en el mejor libro de autoayuda, dicen otros, en la Biblia. Toda esa fama proviene de que disponemos de una zona roja a la orilla del mar, el Pijuyal, y otra en



John McGhee

la frontera con Guatemala, el Ranchón, con señoritas putas, si no del cono sur, de Centro América y acaso una que otra estajanovista prófuga de la mafia rusa. Sin que hayan necesitado bendiciones.

Acababa de presentar Mamá estaba loca y otras turbocrónicas (Ávila/Gedisa) en el auditorio del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes (Coneculta) de Chiapas. Me habían hecho el favor de presentármelo Rafael Ramírez Heredia y Óscar Palacios. El autor del best-seller, La Mara, había llenado un tercio del local con sus alumnos, talentosos muchachos y muchachas narradoras. El autor de La mitad del infierno llenó otro tercio con sus amigos y amigas y, a sus alumnos, los vería a la mañana siguiente en San Cristóbal de las Casas. Ahí compraron más ejemplares de Mamá estaba loca... que

en Tapachula, no obstante mi docena de tías y de primos y sobrinos, y de la Plebe de Barrio Nuevo. Nadie es poeta en su tierra. El tercer tercio del público tuxtleco estuvo a cargo de Florentino Pérez y Pérez, gran promotor cultural. El único civil fue, creo, el talentoso Paco Chanona.

José López Arévalo, director de Este sur, había corrido la voz de que el "reven" sería en la sede geográfica de su portal en la red. Óscar Palacios dijo que ahí había un tubo en el cual hacían su numerito las chicas de la zona galáctica (los tuxtlecos son más pudibundos que los tapachultecos), o en el que posaban las modelos aspirantes a vedettes para que las fotografiaran y aparecieran, reventando la lencería, en el portal de Este sur. El tubo era como el de los bomberos y sin el hueco circular en el techo. Cuando imaginaba a dos o tres tuxtlecas,

tetas al aire, en el proceso de iniciar su numerito, enrolladas como boas y sonsacando a los Adanes de esa tierra de Dios, oí lo de Sodoma y Gomorra y etcétera. ¿Podía ser José López Arévalo de Tapachula y hacerse pasar como de Yajalón?

El meollo de la charla era otro y la frase quedó yendo y viniendo en la atmósfera de camaradería propiciada por el generoso de López Arévalo. Estábamos en el patio de la casa de dos pisos y el clima era de una frescura que invitaba a los pálidos jaiboles y no a los piñazos de tequila. Se trataron temas diversos y si hubo críticas a gente del mundillo artístico se hizo con tanto ingenio como talento, con la dosis necesaria de veneno.

Francisco Mayorga y Mayorga, promotor cultural del Coneculta, escuchaba y observaba, sin animarse todavía a servirse un trago. Mientras tanto yo establecía que el nivel de la charla y de los temas y de los argumentos era mucho más atemperado que en el Soconusco. Ignoro si por el clima o por la influencia no sólo del Ranchón o del Pijuyal, sino del número absoluto del medio millón de chicas soconusquenses, delgadas, elásticas, como fraguadas a punta de mojarra y de piguas, a la sombra protectora del Tacaná, no de cochi(ni)tos horneados.

Rafael Ramírez Heredia dijo que iba a hacer mutis porque regresaría a la mañana siguiente al DF en el vuelo criminal de las siete am. Así que se empinó sólo dos o tres copas. Hubiera querido ser noctívago esa noche, pero mis astros disponen otra cosa. En cuanto supe que la hora a la que naces influye para aliento o desaliento de la vida crapulosa, corrí a preguntarle a mi madre. El paludismo pudiera haber afectado mi ritmo biológico, el raquitismo o el piquete del mosco tigre, como para terminar de fraguarme casi diurno. Jamás pude conquistar a ninguna vedette cuando aún no se enroscaban en los tubos para, como toda ser-

piente, hacernos caer en la tentación. A las diez pm doblaba el pico y ni suponer que pudiera aguardar a que ella saliera de la chamba a las dos o tres de la madrugada.

Fui de día a la zona galáctica (entre Chiapa de Corzo y Tuxtla), bautizada por un obispo, supe, y ni siquiera me bajé del coche. Tampoco me atrevo a ir al Ranchón a esa misma hora, maldita sea. Mamá confirmó por desgracia que había nacido a las diez am. También por desgracia le pedí un aventón al licenciado Mayorga (a las doce de la noche) y es que él ya se había servido el primer lingotazo de whisky. ¿A qué hora habrá empezado el aquelarre, con el tubo al centro?

Las agallas del Mosquito

Don Raimundo apareció en el marco de la puerta como si fuera personaje del mejor novelista veracruzano del siglo pasado. Me atrapó su pinta frágil de octogenario enhiesto, enfundado en un traje algo estrecho no obstante su delgadez. También reparé en su piel blanca y rojiza, en sus cabellos entrecanos y en la faz sin pliegues. Pero sobre todo en sus manos, uno de sus dedos con una firme uña postiza pintada de blanco. Se había asomado varias veces al corredor y mirado a la clientela con un vistazo lánguido, pero abarcando el espacio completo, sin perder detalle, como vistazo de reportero. Pregunté quién era aquel señor. "El Mosquito", dijo el mesero. "¿No lo conocía?"

Se trataba de mi segunda visita a la Casa Bonilla, de Coatepec, Veracruz, varios años después de la primera. El recuerdo del lugar era por supuesto agradable y la compañía, Benjamín Domínguez Olmos, subdirector del Punto y Aparte, el doble de agradable. El semanario lo dirige Froylán Flores Cancela, quien me había invitado a presentar en el auditorio del semanario mi primera novela Polvos ardientes de la Segunda Calle. No recuerdo el menú de esa vez pero sin duda probé los lan-

gostinos, orgullo de la casa, y algún pescado al mojo de ajo y pellizcos al monumental desfile de platillos veracruzanos. Debo de haberme empinado un litro de blanc de blanc porque vivía mi etapa mamona. Mamona por lo del vinillo, pues unas cubas o vodkas me hubieran caído mejor. Benjamín estaba con su esposa y sus hijos y yo con Petunia, quien mantuvo desorbitados sus ojos de tapatía manducando a diestra y siniestra. Ahora, el de la tecla, iba a picotear un langostino y una torta de hueva, con cerveza y media docena de vodkas.

Aquella vez no recuerdo haber escuchado al Mosquito porque lo tendrían cantando a destajo en los salones diversos. Aparte, nunca adquirí el hábito, pues siempre me ha gustado escuchar a mis mayores, a partir de mi abuelo materno, y porque a punto de ser mayor, tras haber acumulado vivencias como de momia, prefiero escuchar y hablar, en ese orden. Las canciones, en inglés o cualquier otro idioma, son para la hora de escribir. Incluso en las comidas mantengo cerrado el pico. Prefiero reportear a mi interlocutor, sea quien sea.

Así que ahitos de langostinos y de tortas de hueva, la señorita Morris, la licenciada Irene Becerra Trejo y el de la tecla le pedimos al Mosquito (a) Raimundo Jiménez Medina que fuera por su jarana y nos platicara tanto como cantara. Él dijo que le tenía sin cuidado la invasión de conjuntos norteños, porque nunca le faltaba trabajo. En efecto, eran más ruidosos pero siempre había clientes que preferían unos versos improvisados al zapateo y a los gritos y sombrerazos.

El jardín de la Casa Bonilla tiene unas jaulas dentro de las cuales vive, habla y silba una parvada de cotorras alharaquientas. En cuando arrancaba la trova norteña, las cotorras se lanzaban a un parloteo, si pudiera llamarse así, que interpreté como de protesta lépera debido a una que otra mentada alvaradeña.

El Mosquito lleva cincuenta años cantando y ha conocido a todos los gobernadores, desde Jorge

Serrano hasta el actual, aun cuando el anterior nunca se hubiera parado en Casa Bonilla. El gobernador Hernández Ochoa lo distinguió con sus atenciones, al contrario de Acosta Lagunes a quien "ni le gustaban las canciones ni las mujeres ni el chisme ni nada". Sólo un candidato a la presidencia, Luis Echeverría, contrató al Mosquito para que cantara en la gira, a cambio de dos mil pesos por ocho días de trabajo. El más espléndido ha sido el Niño Verde con mil pesos de propina. Lo habitual son doscientos.

Sin falsas modestias el Mosquito dijo que cantar improvisando es un don y ha habido otros pero han muerto en la travesía. "No es que me engrandezca", dijo. "Sólo es un don con el cual se nace". Algunos se han hecho pasar por él pero incluso le satisface que ganen unos pesos suplantándolo.

Don Raimundo debe tener una memoria privilegiada para recordar los versos que ha ido improvisando y para recordarlos ante la actividad precisa del cliente preciso. El reportero, haciéndole al sagaz, le pidió que le dictara el verso que, según había escuchado, repetía a veces. El Mosquito confesó que tenía "cientos" pero usaba uno lo mismo para un político que para un militar. Cierta vez, un general retirado veracruzano llegó a una comida, dijo, ofrecida por varios ex subalternos.

-Aquí va -le dijo el Mosquito al reportero sin temor a ser plagiado, con la generosidad de los artistas genuinos-: "Soy un trovista laureado y aunque mi pecho 'ataladre' hoy me siento emocionado, aunque a ninguno le cuadre y, este general retirado, que vaya y chingue a su madre..."

No pasó nada. No hubo paredón.

El ex militar estaba bien bolo y rió, agradecido, con lágrimas en los ojos y le besó la mano al Mosquito. La tropa aplaudía a rabiar. 🐸